

“La chiquilina se mató, y ya está.”.....De Teresa Acosta

Personajes: Payaso Sepulturero 1
Payaso Sepulturero 2
Padre
Madre
Vecina
Cura
Hombre
Tío
Amiga
Psicóloga
Chiquilina
Julieta

(En el escenario habrá una cortina roja al fondo con un gran moñón negro y casi en proscenio dos sillas negras, una de cada lado.) (Los Payasos Sepultureros con sus palas, pegados al fondo, trabajan y cantan “La guadaña”).)

La guadaña
No me engaña
Es astuta y es filosa
Si no pones atención
Puede ser muy desastrosa.
No me engaña
No me engaña
No me engaña la guadaña.
Cuando corta y corta el trigo
Es muy útil por demás
Pero si corta tu vida
Seguro te enojarás.

Payaso Sepulturero 1 - (Frotando su cabeza con indecisión.) ¿Tenemos que sepultar en esta tierra sagrada a esta mujer que destruyó su vida?

Payaso Sepulturero 2 - Sí, y tenemos que cavar enseguida la fosa para su cristiana sepultura.

Payaso Sepulturero 1 - ¿Cómo puede ser eso? Ella se ahogó.

Payaso Sepulturero 2 - Se ahogó. (Comienza a cavar.)

Payaso Sepulturero 1 - Fue suicidio. Esta mujer se ahogó intencionalmente.

Payaso Sepulturero 2 - (Mira a Payaso1 dudando.) ¿Habrá sido en defensa propia?

Payaso Sepulturero 1 - ¡Entiéndelo, compadre! Ella fue al agua y el agua la ahogó. Fue suicidio.

Payaso Sepulturero 2 - ¡Entiéndelo tú, compadre! Si el agua fue hacia ella y la ahogó, ella no es culpable de su muerte, no acertó su vida. No es suicidio. Comienza a cavar tranquilo compadre, que aquí, suicidas, locos o santos, terminamos todos en la misma tierra. (Los Payasos continúan cavando y silbando alegres.)

Payaso Sepulturero 2 - ¡Compadre! ¡A ver si adivinas ésta!

Payaso Sepulturero 1 - ¡Enseguida te adivino!

Payaso sepulturero 2 - Pues... ¡ahí va! ¿Quién construye mejor, el albañil, el herrero o el carpintero?

Payaso Sepulturero 1 - ¡Ahora mismo te lo digo!

Payaso Sepulturero 2 - ¡A verlo!

Payaso Sepulturero 1 - (Desolado) Pues...no sé.

Payaso Sepulturero 2 - ¡Te lo diré! ¡El sepulturero! ¡Porque las casas que hacemos duran hasta el día del juicio final! (Alegre.) ¡Anda! ¡Vamos a tomar una jarra de cerveza! (Se van.)

(Entran los Padres por proscenio. Madre entra por derecha. Padre entra por izquierda. De oscuro y apenados.)

Padre - Todavía no logro comprender.

Madre - La chiquilina se mató, y ya está.

Padre - ¿Como “y ya está”? ¡A vos no te conmueve nada!

Madre - ¡Miren quién habla! ¿Desde cuando te importa la chiquilina?

Padre - Yo... a mi manera....

Madre - Nos dejaste cuando la nena tenía seis meses. El mes pasado cumplió veinticinco años... (Solloza y se recompone.)

Padre - Me fui por tu culpa.

Madre - Nunca te molestó mi presencia, hasta que ella nació.

Padre - Sí, me molestaba, pero no tanto.

Madre - No sé para qué me tomo el trabajo de hablar contigo, si todo es como tiene que ser y ya está. Todo está escrito.

Padre - ¡Ya empezás con tus pavadas!

Madre - Decí lo que quieras, pero todo está aquí, (Muestra las palmas de las manos.) todo está escrito aquí.

Padre - ¡Esa manía tuya de la quiromancia, la astrología y todas esas estupideces!

Madre - ¡No te metas con lo que no sabés!

Padre - Estoy seguro de que algo tuvieron que ver esas brujerías con lo que le pasó a la chiquilina.

Madre - ¡No son brujerías! ¡Es ciencia! ¡Ciencia! ¿Entendés? Y no le echés la culpa. Eso no te va a librar de tu propia culpa.

Padre - ¿Mi culpa? ¡Pero hay que ser caradura! ¡Le arruinaste la vida y ahora me querés culpar!

Madre - ¡Vos nos arruinaste la vida!

Padre - ¡Ja! ¡Hay que oírlo!

Madre - Yo era una chiquilina, una niña casi, cuando te conocí...

Padre - (Hacia otro lado.) Veinte años y pico...

Madre - ...era una ingenua y me enamoré de vos como una...

Vecina - (Desde el público, sentada en platea.) ¡Un momento! Estoy dispuesta a escuchar todo lo que quieran decir, pero no voy a permitir mentiras.

Cura - (Sentado en platea.) Ni yo.

Madre - (Agresiva hacia el público.) ¿Quién dijo mentiras?

Vecina - (Se para en el lugar.) Dijiste que te habías enamorado del Padre. Eso no es cierto.

Madre - ¡Callate, por favor! ¡Vos no sabés nada!

Vecina - ¡Yo lo sé todo! ¡Todo! Por algo soy la vecina. (Se sienta.)

Hombre - (Sentado en platea. A la Vecina.) Señora, ¿sería tan amable de callarse y dejar seguir a los actores? Venimos a escucharlos a ellos y no nos interesa lo que usted opine.

Tío - (Sentado en platea.) Se equivoca, señor. A mí me interesan todas las campanas, quiero saber lo que pasó.

Hombre - ¿Y usted quién es?

Tío - (Angustiado.) Soy el Tío de la chiquilina. Yo la quería mucho, mucho. Pedí para estar ahí arriba, (Señala el escenario.) pero no me lo permitieron.

Padre - ¡Lo único que faltaba! ¿Qué ese degenerado metiera la cuchara?

Madre - (Al Padre) ¡No le hables así a mi hermano!

Padre - ¡Pero si vos nunca lo aguantaste!

Madre - Pero es mi hermano.

Tío - Si pudiera subir al escenario...

Cura - ¡De ninguna manera! ¡Jamás lo voy a permitir!

P. Sepulturero 1 - (Salen con sus jarras de cerveza y jugando con la pala, se burlan.) ¡Jamás lo va a permitir!

P. Sepulturero 2 - ¡Jamás, jamás, jamás lo va a permitir!

Hombre - (A los payasos, con serenidad.) Por favor, no interrumpen. Les ruego que se retiren. (Los payasos beben y terminan toda su cerveza y sacuden las jarras para ver si queda más líquido.)

P. Sepulturero 1 - ¡Esto se acabó, compadre!

P. Sepulturero 2 - No queda ni una gotita.

Hombre - (A los sepultureros.) ¿Serían tan amables de retirarse?

P. Sepulturero 2 - (Poniendo atención, muy graciosamente.) ¿Quién lo dice?

Hombre - Un Hombre.

P. Sepulturero 1 - ¡Poca cosa!

Payaso sepulturero 2 - ¡Muy poca cosa!

Hombre - (Enojado) ¡Lárguense y cumplan su trabajo!

P. Sepultureros - (Se unen falsamente asustados.) ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! ¡Qué miedo nos da el hombre! ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! (Se van cantando “La guadaña”.)

Hombre - Por favor, señor Cura, ¿Qué estaba diciendo?

Cura - ¡Qué no debemos permitir que el Tío suba al escenario!

Tío - (Al Cura.) ¡Usted movió todas sus influencias para impedirme estar junto a mí sobrina... quiero decir, junto a lo que queda de ella!

Cura - (Al Tío.) ¡Usted tuvo mucho que ver en este asunto!

Hombre - ¡No dialoguen sin sentido! Lo único que debemos aclarar es por qué se mató la chiquilina.

P. Sepulturero 1 - (Entra al escenario con el P. Sepulturero 2 a babuchas) ¡Te lo dije, compadre, la chiquilina se mató! (Ante una seña airada del Hombre, se van corriendo.)

Amiga - (Al Hombre) Usted no la conocía, pero ella era mi mejor amiga, por eso quiero saber por qué hizo eso y quién tuvo la culpa.

Padre - (Al público) ¿Nos están juzgando?

Madre - ¿Quiénes somos? ¿Los acusados o los acusadores?

Cura - ¡No! ¡No! ¡No! El único que tiene derecho a juzgar es Dios.

Hombre - Entonces tenemos derecho a juzgarlos. Recuerde aquello de “Vox populi, vox dei” La voz del público es la voz de Dios.

Vecina - Estoy de acuerdo con el señor.

Amiga - Y yo.

Tío - Yo también.

Psicóloga - (Desde la platea.) Esto no es lo habitual. Pero, estoy de acuerdo. Será una buena terapia de grupo.

Madre - ¡Nada de terapia! ¡Bastante la jodiste a mi hija!

Psicóloga - (Al público.) ¡Qué grosera!

Madre - (A la psicóloga.) Vos con el cuento de que sos psicóloga...

Psicóloga - ¡Soy psicóloga! ¡Psicóloga de verdad! ¡De las de antes! ¡De las que salían de la Universidad de la República! ¡No como las de ahora que van a esos lugares que les dicen: “sea psicóloga en un mes y páguelo en diez”!

Madre - ¡Dejate de decir pavadas!

Padre - ¡No le hables así a mi hermana!

Madre - ¿Para qué la defendés, si vos nunca la aguantaste?

Padre - Pero es mi hermana...

Madre - Mirá, en realidad, hacés bien en defenderla, porque ella se encargó de defenderte lo que a vos más te importa ¡la plata!

Psicóloga - (Al público.) ¿Me permiten aclarar este punto?

Vecina - Hable, señora, para eso estamos.

Psicóloga - La Madre dice que yo cuidaba la plata de mi hermano porque le aconsejé a la chiquilina ir a la Universidad Pública.

Madre - ¡Para ahorrar la plata de tu hermano!

Psicóloga - ¡Para que tuviera mejor educación! ¡Burra!

Madre - (Quiere saltar del escenario hacia el público, el Padre la contiene y los payasos entran y la sientan en su silla, le hacen orejas de burra, señalándola, y se van en puntas de pie.) ¡Me dijo burra! ¡Me dijo burra!

Hombre - ¡Basta, señora! ¡Cálmese! Sin nuestro permiso nadie puede cambiar de lugar.

Madre - (Histórica) Entonces, ¡deme permiso para bajar!

Hombre - Ahora no, señora, tranquilícese y tome asiento. (La Madre se sienta y solloza.)

Madre - (Suspira) Todo está allá. (Señala el cielo.) y acá. (Muestra las palmas de las manos.) Mi hija nació bajo la influencia de la luna.

Padre - (Le da la espalda.) ¡Y dale otra vez!

Madre - (Al público.) Nacer bajo la influencia de la luna es una verdadera desgracia. Los lunáticos son inestables, no tienen voluntad, no son buenos para nada. ¡Así era mi Ofelia!

Hombre - ¡Ofelia! ¿Y murió ahogada? (Desconcertado, al público)

Madre - ¡Era tierna y hermosa! Pero no sabía elegir. Se entregaba toda, no podía resistirse al amor.

Padre - (Se da vuelta y dice con ironía.) ¡En eso salió a vos!

Madre - ¡No entendés nada! ¿Sabés por qué? Porque vos... ¡sos un marciano!

Padre - (Se ríe sarcástico.) ¡Un insulto nuevo! ¡Ahora soy marciano!

Madre - Vos estás influenciado por Marte, por eso sos violento, agresivo, comilón, charlatán, audaz, traicionero, egoísta, insensible...

Padre - (Se ríe más.) ¡Basta, che, no me elogies tanto!

Tío - La verdad es que el padre de Ofelia es un verdadero marciano. Tiene todos los defectos que dijo mi hermana y muchos más.

Padre - (Nervioso y enojado a Tío.) Ya te dije, tu palabra no vale, no estás en condiciones de hablar.

Hombre - El público decidió que todos pueden hablar, si tienen algo que decir para aclarar este tema.

Tío - Puedo decir muchas cosas.

Hombre - Hable, por favor.

Tío - Yo conozco muy bien a ese hombre. Lo conozco desde que se casó con mi hermana, hace veintisiete o veintiocho años...

Cura - Sinceramente, no creo adecuado, ni digno de este respetable público, escuchar a esa persona, que por sus condiciones morales, solamente puede ofender a Dios Nuestro Señor, con sus palabras.

Vecina - La verdad que ya me tienen picada el Señor Cura y el padre de Ofelia con esas alusiones a la moral del tío. (Lo mira fijamente al tío de arriba abajo.) Desnudo no está. Señales obscenas no hace. (Al cura.) ¿Mató a alguien? ¿Violó? ¿Robó? Explíquese o déjelo hablar, que “el tiempo pasa y nos vamos poniendo viejos” como dice la canción.

Padre - ¡Déjelo hablar, Señor Cura! El público se va a dar cuenta de lo que es.

Vecina - ¿Qué es? ¡Por favor! ¿Qué es?

Padre - ¡Un mentiroso! ¡Un fabulador! ¡Un enfermo!

Vecina - Bueno. Como quien dice, nada fuera de lo común.

Psicóloga - (A Tío) ¡Hable de una vez! ¡Desahóguese! Aunque, me imagino de qué va a hablar. Pero estoy ansiosa de saber hasta dónde va a llegar.

Tío - Hasta donde sea necesario.

Hombre - Suba al escenario, por favor.

Tío - ¿Le parece?

Hombre - ¡Claro hombre! (Hacia adentro.) ¡Alcancen una silla para el testigo!

(Entran los dos Payasos tironeando y peleándose por una silla, luego la dejan en el escenario, hacen una reverencia graciosa y se van.) (Tío sube y se sienta en el centro del escenario, la Madre y el Padre se paran y se alejan un poco.)

Tío - Disculpen... pero aquí me siento un poco raro.

Padre - (Al público.) Si será raro... rarísimo.

Tío - Bueno, creo que todo comenzó cuando mi hermana conoció a este hombre. Él trabajaba en el cargo público que conservó hasta hace poco tiempo. No era un cargo público cualquiera, no, no, él era el gerente general del ente, el cargo más alto de esa repartición estatal. Así que mi hermana quedó fascinada.

Madre - (Romántica.) ¡Claro, era un hombre divino! Tan romántico, tan...

Tío - Quedó fascinada con el poder y el dinero que él manejaba.

Madre - ¡Charlatán! ¡Mentiroso!

Vecina - Como yo les dije. No se enamoró, se casó por interés. Ella misma me lo contó.

Madre - ¡Pero qué vieja perversa! ¿Por qué no te metés en tus asuntos? (Al público.) Yo sólo hice lo que me indicaron las líneas de mis manos. Cuando se dan estas atracciones pasionales pueden conducirnos a nuestra desgracia o a nuestra felicidad. Consulté a mis manos y ellas me señalaron el camino a tomar.

Vecina - Se ve que tenías las manos sucias. ¡Mirá como te salieron las cosas!

Madre - (Dramática, señala al Padre.) ¡Él tenía la fuerza de Marte!

Psicóloga - ¡No pierdan el hilo, por favor!

Tío - Continúo. Al gerente le gustó mi hermana porque era una chica muy llamativa.

Madre - ¡Soy, una chica muy llamativa! ¿¿Qué te creés?!

Tío - La cuestión es que se casaron y al principio todo era festejo y jolgorio. Él estaba enroscado, como hasta ahora, con capitales privados que se beneficiaban de su cargo público...

Padre - ¡Sucio! ¡Fabulador! (Al público.) ¡No le hagan caso!

Tío - Usaba su poder político para favorecer a los capitalistas que le untaban las manos con buenos fajos de billetes verdes, según el tamaño del favor.

Padre - ¡Las cosas que hay que oír! (Al Cura.) ¿Usted lo escuchó, padre?

Cura - Te lo dije, hijo, que no lo dejaras hablar. Es un enfermo.

Hombre - (A Tío) Dígame, señor... ¿Su relato viene al caso para la cuestión que estamos tratando?

Tío - Así es, Señor.

Madre - Es posible que tenga mucho que ver.

Padre - Vos, con tal de echarme la culpa a mí, sos capaz de apoyar a cualquiera.

Hombre - ¡Basta! Que continúe el tío de la chiquilina.

Tío - A lo que quiero llegar es a que ustedes comprendan el ambiente en el cual nació Ofelia.

Padre - (Exageradamente ofendido.) ¿Qué tenés que decir del nacimiento de mi pequeña?

Tío - Que no era lugar ni momento para que naciera un niño. No le hacía falta a nadie.

Madre - (a tío) ¡Qué cosas horribles se te ocurren decir!

Padre - Recién lo alentabas y ahora te asustás. ¿No sabés que es un rayado?

Tío - (Enfrenta al Padre.) ¿Qué querés decir con eso de que soy rayado?

Padre - (Se asusta y se aleja.) ¡No me provoques! ¡Dejame tranquilo!

Tío - Pero... ¿Cómo? Tuve que soportar que me llamas mentiroso, enfermo y otra sarta de insultos y ¿no tengo derecho a pedirte que justifiques tus palabras?

Padre - (Sin mirarlo.) Ya nos conocemos, sabemos lo que somos. No me molestes más.

Tío - Pero la verdad hay que buscarla, ¿no te parece?

Padre - Yo no quiero buscar nada. La chiquilina se mató y ya está.

Amiga - (Desde la platea, al Padre.) ¡Usted puede ser el culpable! Nunca la quiso a Ofelia. Una hijita no estaba en sus planes. Eso me lo contó Ofelia misma, se lo dijo la madre.

Padre - (A la madre.) ¿Vos le decías esas cosas a mi hija? ¡Sos una bestia!

Madre - ¡Era la verdad!

Padre - (Cruza el escenario para atacarla.) ¡Vos sos una porquería! ¡Vos querías que me odiara! (Intenta pegarle. Griterío de todos los actores en el escenario y en la platea.) (El tío lo contiene y lo vuelve a su lugar)

Vecina - ¡Cobarde! ¡No se le pega a una mujer!

Madre - ¡Lo único que faltaba! ¡Que me golpearas!

Hombre - ¡No vamos a admitir la violencia física!

Cura - ¡Pobre hombre! Lograron alterarlo. (Se calma la acción. Breves momentos de silencio. Padre, Madre y Tío se sientan nuevamente.)

Tío - La verdad es que ni el padre ni la madre deseaban el nacimiento de Ofelia.

Padre - ¡No es cierto!

Madre - ¡Me están matando!

Hombre - ¡Silencio! Dejen continuar al testigo.

Tío - La niña les molestaba en todo, si lloraba, si tenía hambre, si estaba enferma...

Padre - Era una niña difícil.

Madre - ¿Difícil? Si la abandonaste cuando tenía seis meses.

Padre - Bueno... era una bebé difícil.

Vecina - Todo lo que contó el tío es interesante para resolver este caso, pero sigo con la curiosidad de saber ¿Por qué el Padre y el Cura han acusado al testigo de degenerado, inmoral, etcétera, etcétera?

Psicóloga - (Se para en platea.) No creo que el tío pase a ese punto. Sería como admitir sus propias culpas. ¡Tanto acusar a mi hermano para después aceptar que el responsable de la separación de los padres de la chiquilina fue él!

Tío - ¡No es cierto! Yo no fui culpable de nada. Fui otra víctima.

Psicóloga - Te veo muy bien para ser víctima.

Tío - (Melodramático.) Mis heridas no están a la vista.

Madre - Ella tiene razón. ¡Vos fuiste, en parte, culpable!

Tío - ¡No es cierto!

Madre - Por vos se desencadenó todo.

Tío - ¡Te equivocás, hermana!

Madre - ¡No me digas hermana!

Tío - ¡Siempre te equivocaste! Yo solamente tenía dieciocho años. ¡Era un niño!

Padre - ¡Un nene crecídito!

Tío - Me acercaba a ustedes para apoyarte. Para cuidarte cuando el embarazo y para estar junto a vos cuando nació la nena.

Madre - ¡Y de paso te cargabas a mi marido!

Tío - ¡Nunca! ¡Jamás me interesó!

Madre - ¡Claro!... Porque no te gustan los hombres, ¿verdad?

Tío - ¡Me gustan los hombres! ¡No lo niego!

Cura - (Tapándose los oídos.) ¡Ave María Purísima! ¡Perdona a este pecador!

Madre - ¡Pero si los encontré apretando en el escritorio!

Tío - No estábamos apretando

Padre - (Al Público.) Los dos son unos delirantes. Es un problema de familia.

Tío - Él me acosaba todo el tiempo. ¡Me perseguía! ¡Me agredía!

Madre - ¡Nunca me dijiste nada!

Tío - ¡Vos no estabas en condiciones de escuchar mis quejas!

Padre - (Canta a gritos sin atenderlos.) “Recuerdo aquella vez que yo te conocí, recuerdo aquella tarde pero no recuerdo ni como te vi.”

Madre - (Al Padre.) ¡Callate y dejate de cantar como un loco!

Tío - Se hace el loco para pasarla bien.

Padre - ¿Qué quieren que escuche? ¿Los disparates que ustedes hablan?

Tío - Quiero que escuches y que aceptes la verdad.

Padre - No tengo interés. (Canta a gritos.) “Recuerdo aquella vez que yo te conocí, recuerdo aquella tarde pero no recuerdo...”

(Entran lo payasos y bailan alegremente el vals que canta el padre y ellos cantan también., cuando la madre grita, se van bailando.)

Madre - (Grita) ¡Basta! ¡Dejen que toda la gente escuche!

Tío - (A la madre.) Mirá, cuando vos entraste al escritorio, yo había entrado un momento antes a buscar un a guía telefónica.

Padre - (Ríe.) ¡Qué gracioso que es! Relata las cosas como si hubieran sido ayer y pasaron veinticinco años.

Tío - Lo recuerdo perfectamente. Entré al escritorio, él estaba parado hablando por teléfono.

Padre - (Ríe) ¡Es gracioso! ¡Siempre fue un chico gracioso!

Tío - Cuando me vio entrar, se me tiró encima tratando de besarme.

Padre - (Se le tira encima al tío y trata de golpearlo, la madre se interpone.) ¡Te voy a matar! ¡Te voy a reventar a patadas!

Madre - ¡Dejalo! ¡Dejalo! ¡Quiero escuchar todo!

Hombre - (Al Padre desde platea.) ¡Vuelva a su lugar! ¡No puede agredir a los testigos!

Vecina - (Desde su lugar) Ya es la segunda vez que lo hace. ¡Este hombre es un violento!

(En el escenario continúa el forcejeo que se va diluyendo poco a poco, hasta quedar los tres personajes pensativos e inmóviles en sus sillas.)

Cura - ¡Pobre! ¡Pobre! ¡Lo sacan de sus casillas!

Padre - (Al Cura.) Padre, ¡usted tiene que ayudarme!

Cura - Ten paciencia, hijo, ya lo haré... ya lo haré.

Tío - (Al Padre.) ¿Cómo? ¿Ahora no te las arreglás solo? ¿Necesitás un compinche? ¡Buen abogado te buscás!

Cura - ¿Qué quiere decir, joven?

Tío - ¡Qué usted es un cura corrupto!

(Gran revuelo en la platea)

Cura - ¡Ave María Santísima! ¡A mí me da algo!

(Vecina, Amiga y Psicóloga corren a atender al Cura.)

Psicóloga - ¿Qué le pasa?

Vecina - ¿Se siente mal?

Amiga - ¡Llaman un médico!

Vecina - ¡Traigan un vaso de agua!

Hombre - (A las mujeres) ¡Dejen tranquilo al Cura y vuelvan a sus lugares! ¡Si le pasa algo ya nos daremos cuenta!

Cura - (Al Hombre.) ¡Qué bruto! (Todos vuelven a sus lugares.)

Tío - Te aclaro, hermana. Yo no estaba apretando con tu marido. Él me apretaba a mí.

Padre - ¡Vos te me tiraste encima, Maricón!

Tío - ¡Mentira! Siempre te desprecié, nunca quise aceptar el dinero ni los regalos que me ofrecías.

Madre - (Un poco tonta.) Eso es cierto. (Al Padre) Vos siempre querías comprarle cosas y él no las aceptaba y cuando de todos modos le comprabas algo, él lo dejaba en nuestra casa, sin tocar.

Padre - ¡Ya tenés que defenderlo! ¡Vos no cambiás más!

Madre - Una vez le trajiste un Rolex de Paraguay y él ni siquiera abrió el estuche. Me acuerdo que después se lo regalaste a tu secretario... creo. Aquel secretario rubiecito, de cara colorada. ¿Te acordás?

Padre - ¡No! ¡No me acuerdo!

Tío - Yo sí me acuerdo. El rubiecito era el amante permanente.

Madre - ¡No! ¡No puede ser! ¿Cómo no me daba cuenta?

Padre - ¿Cómo podés creer todas esas mentiras?

Madre - Es que todo encaja... menos lo del rubiecito. (Soñadora) ¡Era tan adorable!

Padre - Y bueno... ahora ¡qué me importa!

Cura - ¡No, hijo! ¡No! ¡Levanta esa moral! ¡No puedes dejarte derrotar! ¡No puede un inmoral de esa calaña, ensuciar a un hombre probo como tú!

Psicóloga - No comprendo tanto escándalo por descubrir públicamente la sexualidad de dos personas.

Madre - (A la psicóloga) ¿Cómo “dos personas”? ¡Son mi ex marido, que es “tu hermano” y mi propio hermano!

Psicóloga - Que tu hermano es homosexual no es ninguna novedad, lo sabíamos todos. Tampoco fue sorpresa lo de mi hermanito, pero no creo que todo esto venga al caso en el suicidio de la chiquilina.

Amiga - (A la psicóloga) ¡Discrepo con usted! Mi amiga Ofelia estaba muy confundida sexualmente. Ella sabía que el padre era raro. Ella misma me dijo que su madre se lo contó.

Padre - (Se levanta, quiere atacar a la madre, lo detiene el tío y los payasos que entran corriendo a participar del desorden, sube el cura, también. La madre corre y baja del escenario) ¡Yo te tengo que matar a vos! ¡Te tengo que matar! ¡Toda la vida usaste a la chiquilina para sacarme toda la plata que podías y encima la envenenabas contra mí! ¡Te tengo que matar! ¡Te tengo que matar!

(Gran revuelo arriba y abajo del escenario. Abajo la vecina y la amiga tratan de calmar a la madre. Se van corriendo los payasos, después de sentar al padre y salen de la sala por la platea, la madre vuelve calmada a su lugar.)

Cura - (En el escenario.) (Al padre) Calma hijo, calma. ¡No denigres tu imagen! ¡Yo sé bien que tu lucha ha sido recompensada! Tranquilízate, llegó la hora de hablar.

(Todos se acomodan para escuchar al Cura.)

Tío - (Al público) Escuchen, si así lo desean, pero sepan que escuchar a este... no sé cómo decirle... bueno, digamos simplemente, personaje, puede ser peligroso. Pertenece a la raza cruel de los charlatanes habilidosos, interesados por sobre todas las cosas en obtener dinero sin trabajar y con ese objetivo son capaces de cualquier acción.

(El Cura va a protestar pero lo interrumpe el hombre.)

Hombre - Creo que el Tío ya ha aportado suficientes elementos. (Al tío) Baje y siga formando parte del jurado. Usted, señor cura, continúe, lo escuchamos con atención.

Cura - Bien. Con la ayuda de Dios nuestro Señor, con la ayuda de La Santísima Virgen que abrirá mi corazón, con la ayuda de San Cristóbal que guiará mis pasos, con la ayuda de Santa Lucía que abrirá mis ojos, con la ayuda de...

Vecina - ¡Un momento! Trate de empezar sin más ayuda, porque esto se está haciendo demasiado largo.

Psicóloga - ¡Vaya al grano, señor cura! Si quiere lo ayudo a comenzar.

Vecina - ¡Basta de ayudas! ¡Qué hable ahora o que pase otro testigo!

Cura - Hablaré, con la ayuda de Dios...

Vecina - ¡Será posible! ¡Empieza otra vez!

Cura - Conozco a este hombre, (Señala al padre.) desde que era un niño. Conocí a su padre, Dios lo tenga en la gloria, y a su santa madre...

Psicóloga - (Con gran suspiro lastimoso) ¡Pobre mamá! (Varios chistan para que haga silencio.)

Cura - El Padre de la chiquilina era un ser especial, durante toda su niñez, la familia, el médico y yo pudimos ver el trabajo que realizaba el sexo anormal sobre el sexo correcto. Se desarrollaban los acentos físicos y psíquicos de femeneidad, con gran retardo del sello viril. De pronto, este muchacho se convirtió en un jovencito con voz delicada y melosa y una tendencia en los ademanes, en la afectividad, en todo... hacia el sexo contrario. ¿Qué había sucedido? Un gran avance de los fluidos femeninos frente a la vacilación del sexo legítimo.

Madre - (Al padre.) Vos nunca me dijiste nada.

Cura - (A la madre) Era un pasado muy triste. No podía hablarlo con usted... Continúo. El niño entró a nuestro colegio, donde a través de la oración, los rudos ejercicios físicos y morales, el deporte masculino, el alejamiento total de la actividad femenina, tratamos de ayudarlo a encontrar su verdadero sexo.

Tío - (Desde la platea.) ¡Claro que encontró sexo, encontró una gran actividad sexual en ese colegio!

Hombre - (Al tío) ¡No interrumpa! Continúe, señor cura.

Cura - La pedagogía, lamentablemente, no dio resultado, debimos recurrir a la medicina.

Psicóloga - Podrían haber consultado a un psicólogo, o mejor aún, dejarlo en paz y sacarlo de ese colegio de porquería.

Cura - ¡Cuide su lenguaje, señora!

Hombre - Continúe, continúe.

Cura - Es lo que trato de hacer. Como les decía, recurrimos al médico de familia.

Psicóloga - Un viejo retrógrado e ignorante.

Cura - ¡Toda una eminencia! ¡Un sabio! ¡Un científico!

Psicóloga - ¿Un científico? ¿Amigo suyo? ¡No me haga reír! ¡Era un curandero parlanchín, como usted!

Cura - ¡Le está faltando el respeto a un representante de la santa madre Iglesia!

Hombre - (A la Psicóloga) ¡Cállese o me verá obligado a pedirle que espere fuera de la sala!

Psicóloga - Tiene razón. Me voy. El cuento de este cura me lo sé de memoria. Cuando él termine, vuelvo. (Sale de la sala.)

Hombre - Continúe, por favor.

Cura - El médico indicó un tratamiento para modificar los órganos reproductores en el joven. Se trató de eliminar los gérmenes femeninos a través de los rayos X, primero y de los rayos láser después. Lamentablemente, fracasamos por segunda vez. Debimos tomar una tercera y drástica medida. Había que operar y arrancar de raíz las glándulas que producían los gérmenes malignos. La intervención quirúrgica se realizó cuando tenía dieciséis años.

Vecina - (Horrorizada) ¡Qué barbaridad! ¡Pobre muchacho!

Amiga - ¿Se volvió hombre, hombre?

Cura - No, Señorita, debimos enfrentar un tercer fracaso.

Amiga - ¡Qué horrible!

Cura - Quiero aclararles que estos casos no son tan raros, todos conocemos a los pervertidos que exponen su condición, pero están los otros que llevan en silencio la tragedia... No olvidaré nunca la confesión de un hombre cuya vida fue modelo de corrección y que no volví a ver hasta años después, en que tropecé con su cadáver en la morgue. Había cometido el peor y el más aberrante de los pecados, el suicidio.

Vecina - No estoy de acuerdo. ¿Por qué el suicidio tiene que ser el peor pecado?

Tío - Eso lo dice el cura porque quiere acusar a la chiquilina. ¡Ella no es culpable!

Cura - ¡Se suicidó! ¡Se suicidó!

(Entran lo Payasos por platea peleando y discutiendo escandalosamente, dan toda una vuelta y vuelven a salir por donde entraron.)

Payaso 1 - Se suicidó, compadre, se suicidó.

Payaso 2 - ¡Estás equivocado, compadre, el río la tragó!

Payaso 1 - Porque ella se tiró, compadre.

Payaso 2 - ¿Y el agua?

Payaso 1 - ¿Qué pasa con el agua?

Payaso 2 - El agua se metió en su boca... ¡y la mató! ¡No fue suicidio, compadre!

Payaso 1 - ¿Estás loco, compadre?

Payaso 2 - ¡No me ofendas, compadre! ¡No fue suicidio!

Payaso 1 - ¡Fue suicidio! ¡Se tomó el agua! ¡Fue suicidio! (Se van peleando.)

(El resto de los actores mira a los payasos con leves contraescenas.)

Hombre - Señor cura, ¿Terminó su declaración?

Cura - No, ya llego al final.

Hombre - Continúe.

Cura - En todo este esfuerzo, el padre de la chiquilina colaboraba con nosotros con una voluntad férrea que debo felicitar. Finalmente el médico con el apoyo de la mamá del muchacho, decidió hacer la más peligrosa de las operaciones: injertarle una glándula masculina. Este método no estaba completamente comprobado, pero en nuestro caso fue un éxito rotundo, el instinto perturbado del joven se dio vuelta como una media, derrotando por completo el germen de mujer, sin duda, vigoroso, que impulsaba a este sujeto a la perversión. A los veinte años era un hombre hecho y derecho. ¡Como Dios manda!

Tío - (Al cura) Eso fue lo que ustedes se creían.

Madre - Así que cuando lo conocí era un hombre, hombre hombre, por eso me enamoré de él.

Vecina - ¡No mientas! Vos no te enamoraste.

Madre - ¡Qué mujer imposible! ¿Quién la hizo venir?

Vecina - Vine solita, para decir todo lo que sé, todo lo que me he callado por muchos años.

Psicóloga - (Entrando en la sala) ¿Terminó el charlatán? ¿Todavía está arriba del escenario?

Hombre - (A la psicóloga.) Tome asiento, señora. (Al cura.) Señor cura, ¿terminó su testimonio?

Cura - Por ahora sí.

Hombre - Baje del escenario por favor y vuelva a integrar el jurado. (El cura baja a la platea.)

Psicóloga - Si me permiten quisiera agregar algo muy importante al testimonio que acaba de dar el cura.

Cura - Usted no me escuchó.

Psicóloga - ¿No dije que me sé su discurso de memoria? ¿Pretende hacerme callar?

Vecina - ¿Todavía hay más de ese tema? Estoy esperando para hablar.

Madre - (A la vecina) ¡Vos no tenés nada que decir!

Psicóloga - Seré muy breve.

Hombre - Hable, por favor.

Psicóloga - Quiero decir que todo lo que dijo el cura, debe resumirse de esta manera. Él y un médico que perdió el título por mala praxis, estuvieron durante años embaucando a mi madre y sacándole todo el dinero que podían, con el cuento de solucionar el “problema” de mi hermano. Por supuesto que mi hermanito colaboraba con gusto, participando de las ganancias y de las relaciones con los dos charlatanes.

Padre - ¡Pero qué perversa! ¡Siempre me odió!

Psicóloga - No es cierto.

Padre - ¡Siempre me tuviste envidia!

Psicóloga - Siempre te tuve lástima. Desde jovencita me di cuenta que eras bisexual.

Vecina - ¿Eso es una enfermedad?

Psicólogo - Eso quiere decir que le gustan tanto los hombres como las mujeres.

Madre - ¡Dios mío santísimo! ¡Ahora lo comprendo todo!

Padre - (A la madre) ¡No la escuches! No sabe lo que dice.

Psicóloga - Sé lo que digo. Y tu error ha sido siempre, no escucharme. Deberías haber aceptado lo que sos sin hacerte problema. Aunque en realidad, creo que te gustaban esos juegos sádicos de tratar de encontrar... ¡el verdadero sexo! Además le sacabas bien el jugo, mamá perdió toda su fortuna con todas esas payasadas.

Padre - Me parece que ya hablaste lo suficiente. No estás aportando nada a lo que pretendemos saber.

Madre - ¡Deberían callarse todos! ¡Todos! Lo único que importa aquí es la causa de la muerte de nuestra Ofelia. Yo insisto en que ella tomó esa decisión sin ningún motivo.

Vecina - Eso lo veremos...

Madre - (A la vecina) ¡Vos no vas a saber más que yo! Ofelia tenía escrito en su mano lo que hizo. La línea de la vida era muy corta.

Vecina - (Se para) Lo que yo sé, debo decirlo ahora. Aunque estoy muy arrepentida de no haber hablado antes. Lo que sucede es que algunas cosas me enemistaron con la chiquilina.

Madre - ¡La estuviste criticando y mortificando! ¡Ahora es lógico que estés arrepentida!

Vecina - No la criticaba, la aconsejaba, pero no me quiso escuchar...

Amiga - Es cierto. Ofelia siempre me decía que la vecina era muy buena con ella, le preparaba comida, la atendía como si fuera su madre.

Vecina - (Solloza) Yo la quería como si fuera una hija.

Madre - ¡Claro! ¡Cómo vos no tuviste hijos, se los quitás a los demás!

Vecina - Me acerqué a ella porque me necesitaba.

Amiga - Mi amiga quería muchísimo a la vecina.

Hombre - (A la amiga y a la vecina) Por favor, señora; por favor, señorita, suban al escenario y den su testimonio.

Vecina - ¿Juntas?

Hombre - Si les parece bien.

Amiga - Yo tengo poco para aportar.

Vecina - (Camina hacia al escenario.) Subí conmigo, vos la conocías mejor que yo, además te contaba todo.

Amiga - Era mi mejor amiga. (Suben las dos al escenario, la vecina se sienta y la amiga queda de pie.)

Padre - (Al público.) Yo a estas dos ni las conozco, además estoy cansado y con dolor de cabeza.

Hombre - ¿Quiere una aspirina, señor?

Padre - Le agradecería. ¡Se me parte la cabeza!

Hombre - (Grita hacia el lugar por donde salieron los payasos y el padre se agarra la cabeza.) ¡Una aspirina para el padre de la chiquilina, por favor!

(Gritan del hall del teatro los payasos) - ¡No Hay aspirinas, tenemos Mejoral!

Hombre - (Grita fortísimo) ¡Lo que sea, el padre tiene dolor de cabeza! (El padre se sostiene la cabeza y se tapa los oídos.)

(Aparecen los payasos sepultureros, uno con el vaso de agua y una pala y el otro con una aspirina y la pala. Se dirigen a la entrada a platea, uno por cada lado, entran cantando y saltando.) (Poniendo voces de nenita)

Estimado señor de la farmacia,
Un calmante necesita mi papá
Y aunque soy apenas una nena

Yo sé bien que: ¡mejor, mejora, Mejoral!

(Le dan el vaso y el Mejoral al padre y comienzan a retirarse con muchas reverencias por los costados del escenario, se detienen de golpe cuando grita el hombre.)

Padre - ¡Gracias! (Se sienta en una de las sillas)

Hombre - (Vuelve a gritar hacia adentro y el Padre se agarra la cabeza nuevamente) ¡Otra silla, por favor, que hay una testigo de pie!

(Corren los Payasos Sepultureros por otra silla igual a las tres anteriores y vuelven a entrar peleando por traerla. La dejan, graciosamente enojados y se van. Se llevan el vaso.) (Toman todos asiento.)

Hombre - (A la vecina) Pueden comenzar.

Vecina - Bueno. Conocí a la madre y a la chiquilina cuando se mudaron al edificio donde yo vivo. La nena tenía casi dos años. La madre me contó que se había divorciado y que el padre había insistido en vender el apartamento que ocupaban juntos para quedarse con la plata que le correspondía.

Padre - Lo que estipula la ley, nada más.

Vecina - Me contó la madre que el apartamento que tenía, cuando estaba casada, era muy lujoso. Los apartamentos donde yo vivo, son sencillos, eso la mortificó mucho a la madre y siempre se lo echaba en cara a la hija; “¡por tu culpa tengo que vivir en esta pocilga!”, le gritaba a la bebita.

Madre - ¿Vos qué sabés de lo que pasaba en mi casa?

Vecina - Tus gritos se escuchaban en todo el barrio.

Amiga - Mi mamá también escuchaba los gritos de la madre de Ofelia. Y yo también. Recuerdo sus gritos desde que tengo memoria y eso que vivo en el quinto piso y Ofelia en el primero.

Madre - ¡Vos y tu madre son otras buenas también!

Amiga - Mi madre no quiso venir porque le tiene terror a la madre de Ofelia. Dice mi mamá que le hizo la vida imposible al esposo y a mi amiga y que le hace la vida imposible a cualquiera que se le ponga por delante

Madre - ¡Mirá a la vieja esa...

Amiga - (La interrumpe y la madre continúa sin hacerle caso.) ¡Mi mamá es mucho más joven que usted!

Madre - ...metiéndose en mi vida! ¡De envidia, seguramente!

Tío - ¡Para vos todo es envidia! Cada persona que te señala algo, es envidia. Pero, decime... ¿envidia de qué se te puede tener a vos? ¿De tu falta de sentimientos? ¿De tu frivolidad? ¿De tu amor a la plata dulce?

Madre - ¡Vos, por ejemplo, tenés envidia de todos mis amores, mis romances, mis hombres! (Se ríe.) ¡Bien que me envidiás!

Hombre - (Al tío) Señor, le pido que no interrumpa, usted ya habló bastante, si quiere agregar algo, espere. Continúe señora.

Vecina - Esto que ustedes acaban de ver ha sido cosa de todos los días, las peleas entre la madre y el tío de la chiquilina. Casi siempre por le mismo motivo, los hombres o los romances, como dice la madre. Ella se enredaba dos por tres con un hombre distinto...

Madre - ¡Bruja! ¡La envidia te carcome! Lo llevás escrito en tu mano, tu línea del corazón es verde... ¡verde! ¡Envidiosa!

Vecina - (Sin atenderla.) El tío trataba de convencerla de lo inconveniente de esos romances, que la perjudicaban a ella y por supuesto a la chiquilina. El tío le decía, “mirá hermana, vos tenés que poner cabeza al fijarte en un hombre, tenés que preocuparte por Ofelia, atenderla un

poco, jugar con ella, disfrutarla”. Pero la madre no podía dejar de ser como era. Yo también la aconsejaba, pero no me quería escuchar.

Madre - (Se ríe.) ¿Vos? ¿Consejos? ¡Vos no sabés lo que es un hombre! ¡Lo que es el amor! ¡Te casaste y al año el pobre hombre se murió de aburrimiento!

Vecina - Mi marido se murió y punto. No viene al caso. El tuyo te abandonó y es muy posible que fuera de aburrimiento.

Madre - (Con ironía.) ¡Aburrirse conmigo! (Ríe) Preguntale, preguntale si se aburría.

Padre - No me aburría.

Madre - ¿Viste?

Padre - Me hartaba, me enloquecía, no me dejaba vivir invocando las líneas de la mano, las famosas cartas astrales. ¡Siempre pidiendo cosas! ¡Siempre quejándose! ¡Siempre gritando y peleando! ¡Era un infierno!

Madre - (Al padre) Vos te hacés la película y te la creés, ¿no?

Padre - Una película... Sí, una película de terror.

Madre - ¡Desagradecido! ¡Te di lo mejor de mi juventud!

Hombre - ¡No dialoguen! Continúe vecina, (a la amiga) y usted, señorita.

Vecina - Cuando vino para mi edificio se relacionó conmigo porque siempre me dejaba la nena.

Amiga - A veces se quedaba en mi casa. Jugábamos, íbamos a la escuela juntas, éramos como hermanas.

Madre - (Melodramática.) Tenía que salir a trabajar, a ganar el pan para mi hijita.

Padre - No tenías necesidad. ¡No te faltaba nada! Yo te pasé siempre mucha, pero mucha guita.

Madre - ¡Vintenes!

Vecina - El padre le pasaba bastante dinero, pero a ella nunca le alcanzaba. Manejaba el doble de dinero que yo. Es cierto que yo vivía sola.

Madre - ¡Un hijo es un gasto tremendo!

Vecina - En la nena gastaba muy poco, no le compraba casi nada. La tía, la psicóloga, le compraba montones de ropa y el tío, ése, siempre le traía las cosas que necesitaba la chiquilina. El padre le daba la plata pero nada más.

Madre - Abandonó por completo a su hija.

Vecina - Es cierto. Como será, que yo al padre de Ofelia, recién lo acabo de conocer y eso que hace más de veinte años que soy vecina de la madre.

Amiga - Nunca se veía con Ofelia. ¡Jamás la llamaba por teléfono! ¡Ni en su cumpleaños!

Padre - Soy un hombre ocupado.

Vecina - A medida que Ofelia fue creciendo, trató de comunicarse con el padre, alguna vez la atendió él, pero casi siempre la atendía una secretaria. La chiquilina sufrió mucho esa actitud del padre, nunca lo superó. Era una niña triste y después fue una jovencita retraída y melancólica.

Amiga - Nunca quería salir. Tenía linda ropa pero no se la ponía, siempre usaba lo mismo. No la gustaba bailar, ni ir al cine, ni al teatro, en verano no iba a la playa...

Madre - Hubiera sido fatal para ella. Júpiter estaba en un signo de fuego cuando Ofelia nació. ¡El agua la podía matar!

Amiga - El agua la mató.

Madre - Estaba escrito, allá (señala el cielo) y aquí. (Señala la palma de las manos.)

Amiga - Ella buscó el agua porque tenía mucha pena.

Vecina - La chiquilina no salía porque la madre le llenaba la cabeza de peligros imaginarios.

Madre - Imaginarios para el incrédulo, para el materialista, para un pagano... ¡Para la gente creyente que comulga con el espíritu, los peligros son reales!

Amiga - La madre le decía que todo era impuro, no la dejaba salir con chicos.

Tío - (A la madre) ¡Haz lo que yo digo pero no lo que yo hago! ¡Mientras vos, te la pasabas de farra!

Madre - ¡Por ella, me preocupaba! ¡No quería que se contaminara con este mundo inmundo!

Tío - Con ayuda del cura quisiste ponerla pupila en un colegio, menos mal que el padre se opuso.

Madre - ¡Claro! Al padre no le importaba nada de la chiquilina, pero con tal de joderme a mí, se opuso.

Padre - No quería que pasara las desgracias que yo tuve que pasar encerrado pupilo.

Cura - ¡Hijo, no reniegues de nuestro hogar!

Vecina - El padre le dijo a la madre que si ponía pupila a Ofelia, no le pasaba ni un peso más. Todo el dinero se lo iba a guardar para cuando la hija fuera mayor de edad. Así que la madre metió violín en bolsa y no habló nunca más del tema.

Madre - ¡Me quería matar de hambre!

Amiga - Ofelia siempre tenía hambre. La madre le decía que no le dejaba comida para que no engordara...

Madre - En el mundo que vivimos es fundamental ser flaca.

Amiga - La chiquilina estaba demasiado delgada

Vecina - Comía muy poco, todo le hacía mal.

Madre - Era muy delicada del estómago.

Vecina -

No estaba acostumbrada a comer. Tomaba leche y comía arroz hervido, De a poco fue comiendo otras cosas, pero muy poco.

Hombre - ¿Usted piensa que Ofelia se mató porque pasaba hambre y otras necesidades?

Vecina - Puede ser, no me atrevería a afirmarlo.

Madre - ¡Claro que no puede afirmarlo! ¡Porque es mentira!

Psicóloga - (Desde su lugar en platea.) Yo creo que Ofelia estaba mal.

Madre - ¡Por fin, en algo, estoy de acuerdo con vos! Ofelia estaba mal, ¡muy mal!

Padre - ¿Cómo que estaba mal? ¿Por qué no me dijeron nada?

Madre - A vos no te importaba nada de ella. La chiquilina siempre estaba mal y últimamente, peor.

Psicóloga - Ofelia estaba deprimida y no es casual. La madre le traía libros de astrología, de quiromancia o de Pablo Cohelo.

Madre - Para que se entretuviera y cultivara el espíritu.

Psicóloga - (A la madre) Para que se convirtiera en una ignorante, como vos.

Madre - (Con ironía) Habló la genio.

Psicóloga - (Al público.) Le tenía prohibido mirar televisión. Sólo le permitía ver “Pare de sufrir” o “Intrusos.”

Madre - La tele es una porquería, en cambio “Pare de sufrir” es la luz de Dios. “Intrusos” es la luz de los hombres.

Psicóloga - ¡Vos la obligabas a ver esas cosas horribles y si cambiaba de canal, la golpeabas!

Madre - ¡Mentirosa! ¡Jamás golpeé a mi niña!

Psicóloga - (Se pone de pie en el lugar) (A la madre.) ¡Siempre la golpeabas! La obligabas a aprenderse textos de Paulo Cohelo de memoria y si no lo hacía, la golpeabas. ¡Le tenías prohibido ir a mi casa! Si te enterabas que iba, la golpeabas. ¡Si no tenía todo pronto, limpio y ordenado para cuando vos volvías, la golpeabas!... Solamente la dejabas ir a la Iglesia.

Cura - Eso está muy bien.

Madre - Yo no maltrataba a mi hija. Yo la educaba.

Psicóloga - (Al público.) Pensar que la Chiquilina me contó todo eso y no tuve el coraje de hacer algo. ¡Yo también soy culpable! (Se sienta.)

Vecina - Yo tampoco hice nada. Solamente atendía un poco a la chiquilina y le daba de comer... ¡Estoy tan arrepentida!... (Vuelve a platea.)

Amiga - Ofelia iba todos los días a la Iglesia.

Cura - ¡Gracias a Dios!

Amiga - (Le grita al cura.) ¡Eso no le hacía nada bien!

Cura - ¡No se lo permito! ¡Usted no conocía a Ofelia!

Amiga - ¡La conocía mucho más que usted!

Cura - Ofelia prefería la compañía de Dios a la suya.

Amiga - Ella era mi mejor amiga, por eso me contó que el Padre Lorenzo...

Hombre - ¿Quién es el Padre Lorenzo?

Cura - Yo, señor.

Hombre - ¿Se llama Lorenzo?

Cura - Sí, Lorenzo, señor, el Padre Lorenzo

Hombre - Me recuerda algo... (A la amiga.) Continúe señorita, perdone la interrupción. (Para sí mismo.) Lorenzo... es raro.

Amiga - Mi amiga me contó que el padre Lorenzo le quería presentara un integrante de la parroquia, pero que a ella le daba miedo.

Padre - ¿Qué es esto? ¿A mi hija le quería presentar un hombre? ¿Pero usted no pierde la costumbre de meterse en las vidas ajenas?

Cura - No te adelantes hijo, escucha. Lo hice por el bien de la chiquilina. Ella estaba sola, desorientada, falta de afecto...

Padre - Entonces usted aprovechó para presentarle alguno de los degenerados que lo rodean.

Cura - ¡Hijo! ¡No reniegues de nuestra comunidad!

Padre - ¡Era mi hija! ¡Mi hija! ¿Cómo pudo...

Cura - Ella lo necesitaba. Presentaba ciertas desviaciones peligrosas. Pienso que por influencia del tío.

Tío - ¡Usted es un enfermo!

Amiga - Creo que fue bueno para Ofelia conocer a Hamlet.

Cura - (Al padre) ¿Lo ves?

Hombre - ¡Un momento! ¿Quién es Hamlet?

Amiga - El amante de Ofelia.

Psicóloga - ¡Un amante!

Vecina - ¿Cómo?

Tío - Puede ser...

Padre - ¿Qué dijo?

Madre - ¡No es posible! Mi hija era virgen, pura como Santa Teresita. Tenía en su mano derecha la línea de la virginidad eterna.

Hombre - (A la amiga.) ¿Cómo dijo que se llamaba?

Amiga - ¿Quién?

Hombre - El... el... el amante.

Amiga - Hamlet. El Padre Lorenzo se lo presentó. Hamlet trabajaba para él en la parroquia.

Hombre - (Distraído.) ¡Qué raro!... Hamlet... (Nadie lo atiende.)

Amiga - Al principio ella estaba cambiada, feliz aunque no se lo podía contar a nadie.

Madre - ¡Me lo tenía que haber contado! ¡Soy su madre! ¡Su amiga!

Amiga - (A la Madre.) Nunca se lo hubiera contado porque usted no le permitía hablar con hombres, sin contar al Padre Lorenzo.

Padre - Hace bien en no contarlo. Hombre no es.

Cura - ¡Hijo! ¿Quieres condenarte?

Amiga - La chiquilina no se lo contaba a nadie, sólo a mí, porque se lo tenían prohibido. El Cura y Hamlet le decían a Ofelia que sus amores eran obra de Dios. El padre Lorenzo le dijo a Ofelia que Hamlet era un laico al servicio de Dios y no podía demostrar sentimientos carnales, pero que como ella era un ser muy especial, había sido elegida por Nuestro Señor para hacer feliz a Hamlet y para ser feliz con él.

Cura - ¡Ella era feliz!

Amiga - Sí, creo que ella era feliz por primera vez desde que la conocí, aunque era un romance muy extraño. Hamlet no le hablaba en público, ni siquiera la saludaba. Se veían en la casa del cura, o tarde en la noche él pasaba buscarla por su casa.

Madre - ¿Cómo? ¡Nunca lo vi!

Amiga - Usted no estaba nunca en su casa.

Madre - Estaría dormida. Cansada de tanto trabajar.

Psicóloga - Es posible que Ofelia heredara el espíritu libertario de la madre y apenas conoció un hombre, su espíritu reprimido se desbordó.

Amiga - Ofelia se desbordó. Vivía sólo para esos pocos momentos con Hamlet. Después de un tiempo se puso triste, muy preocupada. Se puso mal.

Psicóloga - ¿Estaría embarazada?

Amiga - ¡Muy difícil! Hamlet le decía que no podían casarse, ni tener hijos, ni hacer público su amor, así que se cuidaban mucho.

Vecina - ¿La habrá querido dejar?

Amiga - No creo, parecía desearla mucho.

Padre - ¿Mi hija te contaba esas cosas?

Amiga - Sí, señor. (La amiga baja del escenario y se sienta en la platea.)

Tío - El que tiene que saber lo que pasó es el cura.

Padre - (Al cura desde el escenario.) Padre Lorenzo, Usted tiene que saber la verdad.

(El cura sentado, esconde la cabeza entre las manos y no responde.)

Madre - ¡Usted los presentó! ¡Usted participaba de sus encuentros secretos! ¿Qué es lo que usted sabe?

Vecina - ¡Hable, por favor!

Tío - ¿Qué es lo que oculta? ¿Por qué no habla?

(Salen los payasos con caras falsamente entristecidas y demandantes.)

Payaso 1 - ¿Por qué no habla?

Payaso 2 - ¿Por qué? ¿Por qué?

Payaso 1 - ¿Qué oculta?

Payaso 2 - ¡Qué hable! ¡Qué hable!

(Saltan y bailan repitiendo: “¡Qué hable!”. Y se van riendo.)

Cura - Hablaré cuando sea necesario.

Psicóloga - ¡Sabía que ocultaba algo! Tiene un altísimo grado de complejo de culpa.

Vecina - Quisiera saber algo. ¿Dónde está ese... Hamlet?

Amiga - No sé. No lo conozco.

Vecina - Si hubiera venido al funeral, podríamos haberlo conocido.

Tío - No debe querer que lo veamos.

Psicóloga - El único que lo conoce y puede saber dónde está, es el cura.

Cura - No es el momento de hablar, además ya es tarde, me tengo que ir... (Se va a parar y el tío lo detiene.)

Tío - ¡No! ¡Usted se queda hasta que sepamos la verdad!

Payasos – (Aparecen sus cabezas.) ¡Ojito! El cura no se puede ir (Vuelven a ocultarse.)

Cura - ¿Qué verdad? No existe la verdad. Sólo Dios posee la verdad.

Tío - ¡Siéntese! (El cura se sienta y el tío también.)

Psicóloga - Si el cura no habla... ¡qué hable Ofelia!

(El cura se persigna y todos gritan asustados.)

Madre - ¡Está muerta! ¡La chiquilina se mató... y ya está! ¡Déjenla en paz!

Padre - ¡Esto es horrible y ridículo! ¡La chiquilina no puede hablar!

Vecina - Me gustaría que Ofelia contara la verdad pero yo la vi muerta.

Tío - (Llora.) ¡Ojalá pudieras hablarnos querida Ofelia!

Madre - ¡No quiero que hable! ¡No quiero!

Amiga - ¡Quisiera ver a Ofelia! ¡Ahora!

Hombre - Sólo esa pobre chiquilina podría ayudarnos... ¿Está muerta? ¿Ustedes la vieron?

Psicóloga - ¡Bien muerta! Pero tendría que hablar.

Padre - ¡No quiero escuchar más! ¡Me quiero ir!

Tío - (Al padre.) ¡No seas cobarde! ¡Enfrentá la verdad!

Psicóloga - ¡Qué hable la chiquilina! Si puede...

Madre - (Histérica, baja a la platea y allí se queda.) ¡No! ¡No! ¡No! ¡No quiero! ¡Por favor!

Padre - (Derrotado.) La chiquilina se mató y ya está. No puede hablar. (Baja y va hacia el cura.) (Al cura.) ¡Usted tiene que impedirlo! (Se queda junto al cura.)

(El escenario queda sin actores. Suenan fuertes golpes de tambor y entran los payasos sepultureros cantando “La guadaña”. Se llevan las sillas y vuelven a salir.)

Payaso Sepulturero 1 - (Hace locuras y ríe.) El espíritu de la chiquilina quiere encontrar su destino final.

Payaso Sepulturero 2 - (Hace locuras y ríe.) Pero el espíritu está desorientado por la pena.

Payaso 1 - ¡Su alma se escapa! ¡Corre por aquí!

Payaso 2 - ¡Corre por allá!

Payaso 1 - ¡Atrápala! ¡Atrápala!

Payaso 2 - (Atrapa algo invisible.) ¡Aquí! ¡Aquí está!

Payaso 1 - ¡No la dejes escapar!

Payaso 2 - ¡En la tumba se tendrá que quedar!

Psicóloga - ¡No! ¡Todavía no!

Payasos - (Desolados bajan los brazos.) ¡Se ha vuelto a escapar!

Psicóloga - ¿Podemos hablar con la chiquilina?

Payaso 1 - ¿Hablar?

Payaso 2 - ¿Hablar?

(Los Payasos Sepultureros ríen mucho, hasta quedar cómicamente serios.)

Payaso 1 - Sí, sí. Si quieren oírla, podrá hablar.

Payaso 2 - Pero no puede razonar.

Payaso 1 - Ni mentir.

Payaso 2 - Ni rogar.

Payaso 1 - Sólo puede penar.

Payaso 2 - Eso... si con su alma se pudo encontrar.

Cura - ¡Déjenla en paz!

Payaso 2 - (Fingiendo llorar.) ¡Pobrecita! ¡No tiene paz!

Madre - (Desolada.) ¿Por qué no tiene paz?

Payaso 1 - ¡Por culpa del alma!

Payaso 2 - ¡Se empeña en vagar!

Vecina - ¿Y el cuerpo dónde está? ¿Ya lo sepultaron?

Payaso 1 - Más o menos...

Varios - (De platea.) ¿Cómo?

Payaso 2 - Es un cuerpo muy inquieto.

Payaso 1 - (A payaso 2) ¡Tenías que haberle dado con la pala en la cabeza!

Varios - ¡No! ¡No! ¡No!

Payaso 2 - ¡Está prohibido golpear a los muertos!

Payaso 1 - ¡Una prohibición estúpida!

Hombre - ¿Pueden traer a la chiquilina?

(Los payasos ríen.)

Payaso 1 - Se van a asustar... Los vivos se asustan de los muertos.

Payaso 2 - (Misterioso) A veces... los muertos hablan. (Ríen)

Amiga - No me voy a asustar de mi amiga. ¡Quiero escucharla! ¡Quiero que nos diga la verdad!

Payaso 1 - (Burlándose con voz aflautada.) ¡Quiero escucharla! ¡Quiero escucharla!

Payaso 2 - (Burlándose con voz aflautada.) ¡Quiero que nos diga la verdad!

Tío - ¡Basta! ¡Tontos! ¡Mentirosos! ¡Se están burlando de nosotros!

Payasos - (Falsamente asustados.) No, no, no señor. Por favor, perdone. No quisimos ofender. (Se ríen.)

Padre - ¿Cuándo va a terminar esto?

Psicóloga - ¡Por favor! ¡Por favor, señores!

Payasos - (Ríen) ¿Señores? ¿Nosotros?

Psicóloga - Sí, ustedes.

Payasos - (Gran reverencia.) ¿Qué desea Madam?

Psicóloga - Queremos hablar con la chiquilina.

Payaso 1 - ¡Es verdad! ¡Es verdad!

Payaso 2 - ¡Eso quiere la señora!

Payaso 1 - (Asustando al público.) No se muevan de ahí. Calmen sus nervios.

Payaso 2 - ¿Están preparados? ¡La vamos a buscar! (Se van. Queda el escenario vacío.)

(La madre y el padre gritan en platea y tratan de subir al escenario. Los demás actores los retienen y no los dejan subir.)

Madre - (Histérica.) ¡No quiero! ¡No quiero verla! ¡Está muerta! ¡Bien muerta! ¡Ya está! ¡Ya está! ¡Ya está!

Padre - (Gritando y llorando.) ¡Déjenla en paz! ¡No quiero verla otra vez! ¡Se acabó! ¡La chiquilina se mató, y ya está!

Todos los otros - ¡Tranquilo! ¡Tranquila!

Vecina - ¡Sólo queremos la verdad!

Hombre - ¡Tomen asiento! ¡Calma! ¡Por favor!

(Se escucha desde adentro la canción “La guadaña” y aparecen los payasos sepultureros con sus palas y arrastrando a la chiquilina sin miramientos. Pueden sentarla y sentarse entre el público, en los costados, en el escenario, donde quieran; ponerla junto a la pared o tirarla en el suelo.) (La chiquilina tiene el pelo mojado, la ropa destrozada, sucia de tierra, está descalza y maquillada de color exageradamente blanco con grandes ojeras.) (Finalmente en el medio del escenario, los payasos se detienen, sosteniendo a la chiquilina y mirando muy sonrientes al público.)

Amiga - (Suave.) Amiga, ¿qué pasó? ¿por qué hiciste eso?

Chiquilina - (Sin mirar a nadie. Perdida.) Él está muerto y yo quiero morir. Él me dejó y ya no está.

Psicóloga - ¿Te dejó?

Chiquilina - ...y quiero morir... Él me amaba y me dejó.

(Los Payasos Sepultureros, cansados, la dejan tirada en cualquier lado y ellos se tiran a descansar.)

Psicóloga - (Lentamente va hacia el escenario, sube y se dirige al público.) Sin duda una de las experiencias más dolorosas que todos pasamos, al menos una vez en la vida, es que el ser amado nos abandone.

Chiquilina - Me quiero morir.

Psicóloga - (Va hacia la chiquilina.) Mi querida, el fin del amor no depende de la voluntad de nadie, es obra del destino.

Madre - (Se para) ¡Exactamente! ¡El destino! El destino escrito en la palma de la mano, en las constelaciones estelares...

Chiquilina - (Se tapa los oídos.) Me dejó sola... Me quiero morir...

(La madre se sienta.)

Psicóloga - (Al público. Se pone los lentes y da cátedra.) Como ustedes saben, las psicoterapias modernas nos quieren hacer creer que todo lo malo que le sucede al hombre... o a la mujer, puede ser mejorado, arreglado o corregido mediante alguna conducta apropiada. Pero... no es así, señores.

Chiquilina - Me quiero morir, me quiero morir...

Psicóloga - (Se acerca a la chiquilina.) Cuando el otro se aleja porque ha dejado de amarnos, no hay nada que podamos hacer...

Chiquilina - ¡Ay!.... ¡Él ya no está! ¡No está y me quiero morir!

Psicóloga - (Al público) Debemos hacerle comprender que la única solución es construir un olvido. Elaborar el duelo. (A la chiquilina) ¡Morir, no es ninguna solución! (Baja muy digna del escenario y se sienta.)

(Los payasos sepultureros pasean un poco a la chiquilina por el escenario y en proscenio se detienen y sonríen al público.)

Chiquilina - ¡Me dejó! ¡Me dejó sola!

Amiga - ¿Quién te dejó?

Chiquilina - Hamlet, me dejó. Ya no está. Ella lo mató y yo quiero morir.

Amiga - ¿Quién mató a Hamlet?

Chiquilina - Ella, ella lo mató y él me amaba.

Tío - ¿Quién es “ella”?

Chiquilina - Mató a Hamlet y me dejó sola.

(Todos preguntan en tono melodramático.)

Vecina - ¿Quién mató a Hamlet?

Padre - ¿Quién lo mató?

Madre - ¿Quién lo mató?

Hombre - ¿Quién lo mató?

Psicóloga - ¿Quién mató a ese Hamlet?

(La chiquilina está muda, como desmayada, los Payasos la arrastran y la ponen a un costado del escenario.) (Por el otro costado aparece Julieta, muy pálida, embarazada, vestida de presidiaria a rayas, despeinada con aspecto de loca.)

Julieta - ¡Yo lo maté!

Cura - (Se pone de pie asustado.) ¡Julieta! ¡¿Qué haces aquí?!

Julieta - (Mira a la chiquilina.) ¡Quiero verla muerta!

Cura - ¡No aumentes tus pecados, Julieta! ¡Es mejor que te vayas!

Hombre - (A Julieta.) ¿Quién es usted?

Julieta - Soy Julieta, la viuda de Hamlet.

Hombre - (Desorientado, al público.) Esto no tiene sentido. ¿Julieta, viuda de Hamlet?

Chiquilina - ¡Ella lo mató!... y él me amaba...

Julieta - ¡Callate, perdida! ¡Él nunca te amó!

Chiquilina - (Sin fuerzas, sostenida por los payasos.) ¡Me amaba! ¡Me amaba muchísimo!

Julieta - ¡A mí me amaba! ¡A mí, que fui su esposa ante Dios y ante los hombres! ¡Ese cura nos casó! Él arregló todo cuando quedé embarazada. Él nos casó y me dijo que Hamlet me amaba.

Payaso 1 - (Sin soltar a Ofelia, grita con voz aflautada.) ¡Él nos casó y me dijo que Hamlet me amaba!

Chiquilina - ¡Hamlet me amaba, me lo dijo el Padre Lorenzo!

Payaso 2 - (Grita de la misma manera que Payaso 1.) ¡Hamlet me amaba, me lo dijo el Padre Lorenzo!

Cura - ¡No compliquen las cosas, en el nombre de Dios!

(Los Payasos se ríen y dejan a Ofelia en el suelo, mientras se sientan en proscenio a escuchar.)

Padre - (Al cura.) ¡Es evidente que usted es el principal culpable! ¡Usted engañó a mi chiquilina! ¡Usted le dijo que Hamlet la amaba!

Cura - ¡No pongan palabras en mi boca! Las cosas son muy claras. Hamlet no amaba a ninguna de las dos. Hamlet amaba solamente a Dios y cumplía sus órdenes.

Julieta - ¡A ese cura tendría que haberlo matado! Hamlet hacía todo lo que él le ordenaba.

Cura - (Asustado.) Hamlet hacía todo lo que Él (señala el cielo) le ordenaba. Yo sólo era un humildísimo intermediario.

Julieta - ¡Cállese! ¡Cuando salga de la cárcel lo voy a matar! ¡Lo voy a matar! (Va cayendo hasta quedar de rodillas, la cara hundida en el pecho.)

Chiquilina - (En el suelo.) ¡Quiero morir! ¡Ella lo mató!

Julieta - ¡Él me amaba y lo maté! ¡Maté al padre del hijo que llevo en mis entrañas!

Tío - ¿Por qué lo mató, Julieta?

Julieta - (Llora y cae al suelo.) Porque se acostaba con esa chiquilina... (Llora.)

Madre - ¡Mentira! ¡Desgraciada! ¡Mi hija era virgen!

Padre - (A la madre.) ¡Callate, por favor!

Madre - (Al padre.) ¡Nunca te importó la chiquilina!

Julieta - Yo era su esposa, él juró serme fiel, protegerme, cuidarme. ¡Hasta que la muerte nos separe! (Se incorpora violenta.) Y la muerte nos separó, porque lo maté, lo maté bien muerto. Ocho tiros le pegué... (Ríe como loca.)

Chiquilina - ¡Ay!... lo mató.

Julieta - Dos acá... dos acá... (Ríe)

Chiquilina - ¡Basta! ¡Basta!

Julieta - Dos acá y dos acá... ¡Bien muerto quedó! (Ríe.) (Se acerca a Ofelia.) (Patética.) ¿Me ves? ¡Muerta asquerosa! ¿Me ves? Tengo un hijo en mis entrañas, un hijo de él, y tengo en las manos el placer de haberlo matado. Yo volveré. Puedo volver... pero ¿tú? ¡Estás sola!

¡Sola! ¡Quédate con los muertos y no vuelvas más! (Se va.)

(Los payasos sepultureros corren hacia Ofelia, la levantan y la llevan muy lento.)

Chiquilina - ¡Quiero morir! ¡Me voy! ¡Él me dejó!

Amiga - ¡No te vayas, Ofelia! ¡No te vayas!

Chiquilina - Es tarde... muy tarde. (Se detienen.)

Payaso 1 - (Burlándose.) Es tarde...

Payaso 2 - (Burlándose) Muy tarde...

Padre - ¡No te vayas! ¡Dame otra oportunidad!

Cura - ¡Es pecado volver de la muerte!

Payaso 1 - ¡Es pescado! ¡Es pescado!

Payaso 2 - ¡Si es pescado, dame, que tengo hambre!

Cura - El suicidio es el peor pecado.

Payasos - ¡Más pescado! ¡Más pescado!

Cura - La muerte es decisión de Dios.

Hombre - O de los hombres.

Madre - ¿Dónde está Dios? Los astros no me quieren mostrar a Dios. Puede estar en las líneas de la mano.

Payasos - ¿Dónde está Dios? ¿Dónde está Dios? (Ríen)

Amiga - (Desde la platea a la chiquilina) ¡Ofelia! ¡Escuchame, por favor! ¡Tenés que darte otra oportunidad! ¡Tenés que volver! ¡Yo te quiero, Ofelia!

Payaso 1 - (Burlándose.) ¡Te quiero Ofelia!

Payaso 2 - (Burlándose.) ¡Te quiero tanto Ofelia!

Madre - ¡Nadie te quiere como yo, Ofelia! ¡Porque una madre es una madre!

Vecina - (Desde platea se encamina hacia Ofelia y se queda junto a ella.) Te pido que vivas, Ofelia. La vida es hermosa. Tenés que confiar en mí. Te prometo que no te voy a dejar morir.

Madre - ¿Dónde está Dios?

Cura - ¡Dios está allá! (Señala el cielo.)

Payaso 1 - (Repiten y señala el cielo.) ¡Dios está allá!

Payaso 2 - ¡Dios salió un ratito y enseguida viene!

Psicóloga - Ofelia, escuchame. (Se levanta y camina lentamente hacia el escenario y se detiene junto al proscenio.)

Chiquilina - Ya está... Quiero morir. (Los payasos llevan a Ofelia y la mantienen a un costado, en el escenario.)

Madre - ¿Dónde está Dios?

Payasos - (Sin soltar a Ofelia) ¿Dónde? ¿Dónde? ¿Dónde?

Psicóloga --- (Retórica y soberbia sube al escenario se queda junto a Ofelia.) Querida Ofelia, no hay nada más común que la necesidad de enfrentar la traición y la muerte. (Frívola) ¡Tenés que hacerte una buena terapia!

Tío - (Sube al escenario y se acerca a Ofelia.) Sobrina adorada, acepta tu dolor y vuelve a la vida. ¡La vida es tan, tan, tan....(Se queda mirando a Ofelia sin saber qué decir.)

Payasos - (Cantan) Tan tantán, tantán tantán tantán... Tan tantán tantán tantán tantan

Hombre - ¡Fuera! ¡Fuera los payasos sepultureros!

(Todos hacen silencio y quedan mirando a los payasos que se van cada uno por un costado de platea, fastidiados y enojados con todos y con el público.) (Cuando se van los Payasos la madre se levanta decidida y va hacia Ofelia)

Madre - (Aparta a los personajes que rodean a Ofelia.) ¡Ya te veo mejor, así que dejate de pavadas, Ofelia! ¡Tenés que vivir y darme otra oportunidad! ¡Necesito que me perdones! ¡Tenés que hacer algo por mí! ¡No podés ser tan egoísta! ¿Qué querés? ¿Querés verme muerta? ¿No pensás en tu madre, Ofelia? ¿Cómo podés hacerme una cosa así?

Padre - (Sube al escenario y aparta a la madre que se retira enojada. Se queda junto a Ofelia) ¡Hijita mía!, ¡Mi Ofelia! ¡Tenés que vivir! ¡Tenés que entenderme! Lo que sucede es que casi no nos conocemos. Si nos das otra oportunidad nos vamos a conocer. ¡Y cómo nos vamos a conocer! Tenemos que empezar por vernos más seguido. Mirá, los lunes al mediodía estoy bastante libre. ¿Vos que hacés los lunes? (Silencio y patético se dirige hacia el cura.) Señor cura, ¿qué hace ahí? ¿Por qué no viene a ayudarnos?

Cura - No puedo ayudar. No soy Dios. (Se queda sentado en platea.)

Amiga - (Se pone de pie, pero permanece en su lugar.) Yo que sólo soy una simple chiquilina, como Ofelia, quiero saber si ustedes han encontrado a los culpables de este drama.

Hombre - Sin duda alguna. Todos hemos reconocido a los culpables.

Amiga - ¿Cuál es el castigo para ellos?

Hombre - Los culpables, deberán seguir viviendo, condenados a sentirse culpables.

(Los payasos se asoman en el fondo de platea y haciendo burlas dicen.)

Payasos - ¡Culpables! ¡Culpables! ¡Todos son culpables!

Hombre - (A los payasos.) ¡No molesten!

Hombre - (A la amiga que permanece de pie.) ¿Algo más, señorita?

Amiga - Sí señor. Quiero preguntarle si Ofelia ha sido perdonada por quitarse la vida.

Hombre - (Mira a todos los personajes y al público con insistencia, los personajes arriba del escenario asienten y el Hombre sonríe y luego habla) Está perdonada. Puede seguir viviendo y olvidar a Hamlet.

Chiquilina - (Reacciona de golpe y toma protagonismo) ¡No! ¡No! ¡Olvidarlo, no! ¡No quiero olvidarlo!

Tío - (Se acerca algo hacia Ofelia) Bien, querida, podrás vivir y recordarlo, si es lo que deseas.

Amiga - Ofelia, ¿volverás a la vida?

Chiquilina - Sí... sí.

(La chiquilina baja del escenario muy lentamente, mirando un punto fijo.)

Amiga - ¿Adónde vas?

Chiquilina - A pasear por el río.

(La chiquilina camina hacia la salida de la platea y la siguen con la vista los personajes que están en el escenario. Cuando la chiquilina desaparece los personajes del escenario, se juntan, frívolos y despreocupados y van abandonando el escenario por la izquierda.)

(Los padres de la chiquilina, la amiga y el cura quedan en el escenario. Se sientan en sus lugares y entran los payasos sepultureros cantando “La guadaña” y llevando sostenida en alto, muerta, a la chiquilina, la depositan en el centro del escenario.)

Payaso 1 - (Frotando su cabeza con indecisión.) Tenemos que sepultar en esta tierra sagrada a esta mujer que destruyó su vida. Fue suicidio.

Payaso 2 - Sí, compadre recuerda que aquí, suicidas, locos o santos, terminamos todos en la misma tierra. ¡Vamos a buscar las palas, compadre!

Payaso 1 - ¡Vamos a buscar las palas!

(Queda en el escenario La chiquilina, muerta. Con música fúnebre se adelantan los padres.)

Padre - Era una chiquilina muy difícil.

Madre - Todo está escrito acá. La línea de la vida era muy corta.

Padre - La chiquilina se mató y ya está.

Madre - La chiquilina se mató y ya está.

Payaso 1 - ¡Te lo dije compadre, la chiquilina se mató y ya está!

Payaso 2 - ¡La chiquilina se mató y ya está!

APAGÓN FINAL

Saludo final.

Teresa Acosta –abril del 2008